

Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país

Fiesta de la Transfiguración del Señor
6 de agosto de 1979

Daniel 7, 9-10.13-14
2 Pedro 1, 16-19
Marcos 9, 1-9

En medio de este presbiterio que ha venido a expresar su profundo sentido de comunión eclesial, yo quiero sentir la presencia de un sacerdote muy querido y que ahora se encuentra tendido, como muerto prematuramente por el asesinato, allá en su parroquia de San Esteban Catarina. El padre Alirio Napoleón Macías está presente entre nosotros, como lo estuvo muchas veces*.

Queridos hermanos, llamarnos la República de El Salvador y celebrar cada año como fiesta titular el misterio de la Transfiguración del Señor es para los salvadoreños un verdadero privilegio. “No fue solo la piedad del capitán don Pedro de Alvarado el que tan altamente nos bautizó —nos recordaba así el papa Pío XII, en su brillante saludo a nuestro Congreso Eucarístico Nacional de 1942—, nos bautizó así, San Salvador, la providencia de Dios que da a cada pueblo su nombre, su sitio y su misión”¹. Y oír cada año, el 6 de agosto, como lo acabamos de oír hoy, la voz del Padre que, a través de la liturgia de nuestra Iglesia, proclama que nuestro patrón es el mismo Hijo de sus complacencias y que

Mc 9, 7

¹ Cfr. Radiomensaje de Pío XII al Primer Congreso Eucarístico Nacional de El Salvador, 26 de noviembre de 1942.

nuestro deber, como pueblo suyo, es escucharlo, constituye nuestro legado histórico y religioso máspreciado y la motivación más eficaz de nuestras grandes esperanzas salvadoreñas.

Por eso, el pastor siente como un deber primordial actualizar en este día ese legado, refrescar esas motivaciones según los contornos nuevos de cada 6 de agosto. Esto es el principio de la cuarta carta pastoral, cuyas primicias traigo aquí, a los pies del divino patrono y a ustedes, queridos hermanos, como servicio al pueblo de El Salvador. Es la cuarta carta pastoral* que llevará como título: *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país**.

Hay un reto permanente en la transfiguración de Cristo como patrón de nuestra patria: el reto de la transfiguración a nuestro pueblo. Él, el Divino Transfigurado, se presenta cada año para retar a este pueblo y decirle: “¿Qué han hecho con mi misterio? ¿Que no estoy yo provocando la transfiguración de esa nación?”. El misterio permanece el mismo, el del año pasado y el de hace siglos: el Divino Transfigurado; los contornos que van celebrando cada año esta transfiguración cambian; y, entonces, hay situaciones nuevas en el país y en la Iglesia.

P 72 Para nuestro pueblo, que es una parte de las grandes pobla-
ciones latinoamericanas, podemos decir lo que Puebla ha dicho
P 73 de todos nuestros países: “El pueblo latinoamericano va caminando entre angustias y esperanzas, entre frustraciones y expectativas. Las angustias y frustraciones han sido causadas, si las miramos con fe, por el pecado que tiene dimensiones personales y sociales muy amplias. Las esperanzas y expectativas de nuestro pueblo nacen de su profundo sentido religioso y de su riqueza humana”. Yo saludo en ustedes, querida muchedumbre que llena este parque frente a la catedral, a esa porción de profundo sentido religioso y de grande riqueza humana: nuestro pueblo. Pero también saludo en ustedes las angustias y frustraciones que ha causado entre nosotros el pecado, a pesar de ser un pueblo tan privilegiado del amor del Señor.

También en la Iglesia vemos situaciones nuevas. Para animar lo bueno y quitar el pecado, la Iglesia, este año, se presenta con nuevas riquezas; también con nuevos pecados, porque la Iglesia es también hecha de hombres y los hombres, todos, somos pecadores. En este año, yo veo levantarse de la tumba de Pablo VI, muerto, cabalmente este día, hace un año, la herencia que los nuevos papas —Juan Pablo I, Juan Pablo II— han querido

sintetizar en la mentalidad de nuestro Papa actual: la verdad sobre Cristo, la verdad sobre la Iglesia y, sobre todo, la verdad sobre el hombre². Es un tesoro, una herencia, que surge de los dos últimos pontífices, los del Concilio Vaticano II³. Y a esto se junta la madurez de nuestra arquidiócesis, a la cual he consultado para escribir esta carta pastoral⁴. Y yo saludo en ustedes esa madurez, esa audacia, esa opción preferencial por los pobres, esa riqueza de ideas que ustedes me han dado en esa consulta. “Todo el pueblo de Dios —dice el Concilio—, guiado por el magisterio de la Iglesia, disfruta el carisma profético de Cristo”. Ustedes y yo hemos escrito la cuarta carta pastoral, enriquecidos con estos tesoros de la Iglesia universal y, sobre todo, de Puebla.

LG 12

Este es el objetivo de nuestra fiesta este año y de esta carta pastoral: presentar oficialmente a la arquidiócesis todo el espíritu de Puebla, que el Papa ha recomendado que pronto se haga vivencia de nuestras comunidades y que se tomen muy en cuenta esas directrices de aquella histórica conferencia⁵. Y con esa luz de Puebla y con la auscultación de los sentimientos de nuestra Iglesia, formar una luz que ilumine la crisis del país. Así cumplimos el deber que incumbe hoy a todos los salvadoreños, a todas las organizaciones, a todas las fuerzas vivas del país. Nadie tiene que ser pasivo. Y la Iglesia, en este día, está aportando lo que a ella, como Iglesia, le toca aportar: toda la riqueza de la Iglesia, toda la madurez de su diócesis, todo el sentir de sacerdotes y obispo y pueblo, para decir, desde nuestra identidad de Iglesia, lo que pensamos y lo que podemos dar en esta hora de nuestra patria.

Por eso, la carta pastoral presentará cuatro partes: la primera será la crisis del país, según la visión pastoral de Puebla; la segunda parte presentará lo que la Iglesia puede ofrecer; tercero, iluminación eclesial de algunos problemas concretos del país; y por último, la línea pastoral de Puebla hecha pastoral en nuestra arquidiócesis.

² Cfr. Discurso de Juan Pablo II al inaugurar la Tercera Conferencia General de Episcopado Latinoamericano, en Puebla (28 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

³ Juan XXIII y Pablo VI.

⁴ Antes de escribir la carta pastoral, monseñor Romero envió una encuesta a los sacerdotes y a las comunidades eclesiales de base de la arquidiócesis.

⁵ Cfr. Mensaje de Juan Pablo II a los obispos de América Latina (23 de marzo de 1979), *L'Osservatore Romano*, 1 de abril de 1979.

La crisis del país, según las visión pastoral de Puebla

En el primer punto —brevemente lo sintetizo así: la crisis del país, según la visión pastoral de Puebla—, nuestra visión no es la de un técnico en politología, en sociología, en economía; no es ese el papel de la Iglesia, es una visión pastoral. Y ya que Puebla se tomó el trabajo de dar a todos los países de América Latina elementos suficientes para enfocar pastoralmente los problemas de todos los países, hemos retomado de esa riqueza del análisis pastoral de Puebla de América Latina lo que conviene a nuestra situación. No es una exposición exhaustiva. Hemos tenido muy en cuenta lo que ustedes mismos han señalado en la encuesta.

P 89 Primero, la injusticia social. Aquel “clamor sordo” que se oía en Medellín —dice Puebla— se ha hecho hoy un clamor “claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante”. Y
P 29 Puebla llama “el más devastador y humillante flagelo” la situación humana de aquel largo desfile de rostros concretos, que yo
P 31-39 los miraría en esta muchedumbre: niños que desde la más tierna edad tienen que ganarse ya la vida; jóvenes a quienes no se les presta una oportunidad de su desarrollo; campesinos carentes hasta de lo más necesario; obreros a los que se les regatean sus derechos; subempleados, marginados y hacinados; ancianos que se sienten inútiles para la historia. Todo esto es, a la base de toda nuestra crisis, esta grave injusticia social.

 A esto se junta, en segundo lugar, el deterioro de las situaciones políticas que institucionaliza la injusticia mencionada. Es de Puebla esta frase que bien la podíamos haber escrito solo para
P 44 El Salvador: “Se ve con malos ojos la organización de obreros, campesinos y sectores populares y se adoptan medidas represivas para impedirlo. Este tipo de control y de limitación de la acción no acontece con las agrupaciones patronales, que pueden ejercer su poder para asegurar sus intereses”. Esta discriminación aparece clara en la situación concreta de este año. Solo de enero a julio, aquí en El Salvador, cuatrocientos seis asesinatos; de ellos, ciento siete campesinos, ninguno del sector latifundista; trescientos siete capturados, ciento veinueve campesinos, ningún capturado latifundista. ¿Qué significa esto sino un deterioro tremendo de aquellos que tienen el poder para guiar el bien común de la patria, parcializándolo solo a un sector? *.

Tercero, Puebla y la arquidiócesis han señalado estas lacras en el Gobierno: impotencia para detener la ola de violencia y hasta sospechosa tolerancia cuando ni el estado de sitio defiende los derechos del hombre, sino de una porción nada más del pueblo*; una actitud contradictoria en sus enfáticas declaraciones contra la violencia; Puebla denuncia esta situación con estas palabras: “Los países en donde con frecuencia no se respetan los derechos humanos fundamentales o que están en permanente violación de la dignidad de la persona”, y los abusos de poder típicos de los regímenes de fuerza. Y obliga la Iglesia —palabras textuales de Puebla— “por un auténtico compromiso evangélico —citando palabras del Papa, en México—: hacer oír su voz, denunciando y condenando estas injusticias, sobre todo cuando los gobernantes o responsables se profesan cristianos”. Un breve análisis sigue a esta situación, que pone los fundamentos económicos e ideológicos de estas injusticias y represiones.

P 41

P 42

Sigue, en cuarto lugar, un señalamiento del deterioro moral del país. La encuesta señala con franqueza el horrible dominio del misterio del pecado en la sociedad salvadoreña. Y Puebla corrobora, al señalar como raíces de la corrupción en el orden gubernamental, social, familiar, individual, estas raíces: la inversión de valores, el materialismo individualista, el consumismo, el deterioro de valores familiares, el deterioro de honradez pública y privada, el mal uso de nuestros medios de comunicación social. A eso debemos las inmensas lacras de nuestro pueblo: un tremendo deterioro moral.

P 54-62

También, y por último, una crisis a lo interno de la Iglesia. Queremos ser francos de verdad. El que denuncia tiene que estar dispuesto a ser denunciado; y si la Iglesia cumple el deber de denunciar, espera también la denuncia que ustedes le pueden hacer. Ella reconoce que hay muchas cosas buenas: esta presencia de comunidades tan vivas, esta presencia de sacerdotes trabajando en los linderos peligrosos de nuestra pastoral, estos cristianos comprometidos hasta dar su vida, morir acibillados muchas veces, comunidades perseguidas por subversivas, por comunistas y por políticas y que no están haciendo más que sembrar la verdadera evangelización que la Iglesia pide en nuestra hora. Sin embargo, a pesar de tanto bueno, la Iglesia señalada por nuestra arquidiócesis, también señala la desvalorización de criterios evangélicos por criterios políticos. Sí, con tristeza tenemos que

decir que en muchos cristianos se han desvalorado los criterios cristianos evangélicos y han preferido seguir únicamente los criterios de su opción política, creyéndose más sabios que la misma sabiduría del Evangelio y de la Iglesia*.

También se señala con dolor la división de la jerarquía. No lo podemos ocultar. Y yo quiero, de mi parte, pedir perdón a la Iglesia y decirles, como explicación que ustedes tal vez comprenderán para que nos ayuden a encontrar las causas y solventarlas, que en nosotros está sucediendo un reflejo de lo que está pasando en nuestra sociedad; y que lo que urge es, como a la sociedad, también a los sacerdotes y a los obispos y a todos los cristianos, el deber de convertirnos.

P 1140 Dice Puebla —para que miren que la palabra autorizada señala el origen de los pecados de la Iglesia—: “No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y una purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres”. Esto es lo que nos falta no solo a los obispos ni a los sacerdotes ni a las comunidades religiosas, sino a todos los cristianos en general. El camino que la Iglesia señala para esta crisis es convertirnos y encontrar a Cristo allí donde Él dice que está: “Todo lo que hagas a uno de estos pequeñitos, los más miserables y pobres, a mí me lo haces”. La conversión a los pobres será también la solución a nuestras divisiones intraeclesiales.

Mt 25, 40

Lo que la Iglesia puede ofrecer

Segundo punto de la pastoral será: lo que la Iglesia puede ofrecer al proceso de liberación de nuestro pueblo. Lo primero, naturalmente, evangelizar. Esta es la tarea de la Iglesia, esta es su razón de ser. Según Puebla y Juan Pablo II, en la evangelización es indispensable la acción por la justicia y las tareas de la promoción del hombre. No se confunda, hermanos, la misión de la Iglesia, evangelizando y trabajando por la justicia, con campañas subversivas. ¡Es muy distinto! A no ser que al Evangelio se le quiera llamar subversivo porque de verdad está tocando las bases de un orden que no debe existir porque es injusto*.

Segunda colaboración de la Iglesia: mantener su identidad de Iglesia. Queridas comunidades aquí presentes y todas las que están reflexionando a través de la radio, esta debe ser nuestra mayor preocupación al reflexionar el Evangelio: ser la Iglesia que Cristo quiere, no hacer otras cosas que las que la Iglesia tiene que hacer y, aunque nos calumnien, tener la conciencia tranquila de que estamos haciendo lo que la Iglesia tiene que hacer; y la tranquilidad de no meternos en campos ajenos sino para iluminarlos con la luz y con la identidad propia de nuestra Iglesia.

La tercera gran contribución de la Iglesia, en esta crisis del país, es su doctrina sobre el hombre. Si hay tanto atropello a la dignidad del hombre es porque el Estado y, en la situación actual, los ídolos que adoran los hombres han olvidado que lo principal no son esos ídolos, sino el hombre. Y la Iglesia quiere reivindicar la dignidad del hombre, aunque sea el más pobrecito y aunque sea un torturado*, un prisionero, un matado*.

La tercera contribución que la Iglesia ofrece, y ya está dando aquí entre nosotros, es la denuncia profética de todo lo que es pecado. Denuncia, no por fanfarronería; denuncia, no por quedar bien demagógicamente; denuncia como la Iglesia quiere, llamando a conversión. La Iglesia denuncia el pecado para arrancarlo del mundo, convirtiendo a los pecadores. Y así creo que lo hemos hecho siempre, que, al señalar un desorden, un asesinato, una injusticia, reclamamos, ciertamente, contra el atropello que se ha hecho, pero al mismo tiempo invocamos la misericordia de Dios y la conciencia del criminal para que se convierta y se salve.

Otra gran contribución de la Iglesia es señalar que el único camino de salida es, precisamente, esa conversión de los hombres. Y aunque esto parezca idealismo, utopía, ¿cuándo se van a convertir todos los pecadores?, la Iglesia lo proclamará siempre; porque mientras El Salvador, desde las altas esferas hasta las ínfimas, no entre en caminos de conversión por la ley de Dios, no podrá haber solución a las crisis que atenacean a nuestro pueblo.

También, por eso, colabora la Iglesia desenmascarando idolatrías. Y en mi carta pastoral me fijo principalmente en tres, que llamo “absolutizaciones”, es decir, como que fueran el absoluto del hombre:

Para unos, es la riqueza y la propiedad privada. La Iglesia dice: la riqueza no es una absolutización, la propiedad privada no tiene un sentido definitivo. El Papa lo ha dicho con palabra muy

certera: “Sobre la propiedad privada grava una hipoteca social”⁶. El bien de todos es lo que interesa, no la riqueza de unos cuantos ni la propiedad privada de unos pocos*.

Una segunda idolatría, ante la cual se encuentran muchos salvadoreños, es la que se llama la seguridad nacional. Puebla la llama: “Forma capitalista e imperante en muchos países de América. Y allí se inspira la estructura represiva de muchos países”, palabras de Puebla. A nombre de la seguridad nacional, se inmolan centenares de vidas, se violentan derechos de ciudadanos, y —es ridículo— en nombre de una seguridad, se implanta la inseguridad del pueblo. “El Estado Mayor* —sigo leyendo a Puebla—, el Estado Mayor sustituye inconstitucionalmente las instancias políticas que debían decidirse democráticamente en el curso político de la patria”⁷.

También, la otra absolutización en que muchos salvadoreños, tal vez de buena voluntad, se encuentran, y es bueno tenerlo en cuenta en esta hora en que estamos desenmascarando idolatrías ante el único Señor, Jesucristo*, es esta —y aquí mucho cuidado, queridas comunidades eclesiales de base de nuestra Iglesia—: es la absolutización de la organización popular. También esto es un fanatismo, también aquí hay sectarismos, también aquí hay idolatrías, orgullo de élites. Nadie, ninguna organización popular tiene que arrogarse el sentir del pueblo. Es un modo de expresarse nada más, pero respetemos al pueblo; respetemos sus opciones y jamás queramos hacer de lo que ya opté yo o mi grupo, mi organización, como si fuera la única solución. El país interesa más que la organización, no la organización sobre el país*.

Iluminación eclesial de algunos problema concretos del país

La tercera parte de la pastoral que les estoy ofreciendo en primicia es la aplicación de esta doctrina de la Iglesia a ciertos proble-

⁶ Discurso de Juan Pablo II al inaugurar la Tercera Conferencia General de Episcopado Latinoamericano, en Puebla (28 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

⁷ No hemos encontrado el origen de esta cita. El documento de Puebla habla de la “seguridad nacional” en los números 49, 314, 547, 549 y 1262; textos que monseñor Romero cita en su carta pastoral.

mas concretos, en los cuales no me puedo detener, pero que ustedes lo van a leer allí.

Primero, el problema de la violencia, recalcando lo que ya dije el año pasado y actualizándolo con ciertos matices de nuestra hora.

Segundo, condiciones de un verdadero diálogo nacional: no tiene que ser parcial, sino abierto; no en clima de represión, sino de confianza y credibilidad; urgencias de un cambio de estructuras, no hay que evadirlas; y también el respeto a la libertad de organización y tener en cuenta la voz de esas organizaciones*.

Otro problema muy actual entre nosotros: el marxismo. Problema complejo. No basta a un católico decir: “Están condenando los marxistas”. De ninguna manera. Hay que aquilatar muchas cosas. Puebla misma distingue entre una ideología que puede influir en la conducta de un hombre y una colaboración de un hombre que, teniendo su ideología cristiana, puede colaborar, tal vez, con otras personas de otras ideologías. También hay que distinguir entre un sistema científico de análisis y una praxis de organización política en lucha por el poder, que admite medios que los cristianos no podemos admitir. En la encuesta, encuentro una frase muy genial cuando dice: “No hay que tenerle miedo al marxismo; ganémosle el campo tomando en serio la opción preferencial por los pobres”. Me parece una gran clave*. Que no se vea el trabajo por los pobres, la defensa de los pobres como lo está viendo el anticomunismo fanático: “¡Esto es comunismo!”. No, eso es cristianismo; eso es Cristo, que dice: “Todo lo que le hagas al pobre, a mí me lo haces”. Por eso, es la mejor manera del antimarxismo trabajar por los pobres*.

Mt 25, 40

La línea pastoral de Puebla realizándose en nuestra arquidiócesis

Y la cuarta parte es un tratadito sobre teología pastoral. Cuando lo titulo así: la línea pastoral de Puebla realizándose en nuestra arquidiócesis, la trato de definir así porque no es más que la línea del Vaticano II y de Medellín, que ya nuestro querido antecesor monseñor Chávez, con la ayuda de monseñor Rivera y de este clero, que quiere estar al día en las líneas de la Iglesia, trataron de meter ya en la vida de nuestra pastoral. Yo no he hecho más que recibir una herencia y amarla y tratarla de acrecentar entre nosotros*.

P 76-77

Primero, actitud de búsqueda. El Papa decía en México: “María es grande porque nunca estaba segura sino en la fe en Dios, y buscaba en la fe los caminos de su vida”⁸. Podemos decir de la arquidiócesis también lo mismo, como Puebla ha señalado: “Lo que ayer era una cosa y se aceptaba desde el púlpito o desde las bancas de las escuelas, ahora no se acepta fácilmente”. Hay cambios, hay necesidad de nuevos lenguajes, de nuevas actitudes. Y esto es lo que quiere la nueva línea de la arquidiócesis: actitud de búsqueda.

Segundo, opción preferencial por los pobres. Conocer los mecanismos que engendran pobreza, luchar por un mundo más justo, apoyar a obreros y campesinos en sus reivindicaciones y en su derecho de organización, estar muy cerca de la gente*.

Tercero, unidos en una pastoral de conjunto, queridos hermanos. Aquí distinguimos el espíritu apostólico de lo que es pastoral, como se podría comparar un río con la canalización de ese río. En todos los movimientos de nuestra diócesis hay mucho espíritu apostólico, pero no en todos hay sentido de pastoral. Aprovechemos la riqueza que dan los movimientos, las congregaciones, los diversos carismas que el Espíritu nos da; pero dejémonos conducir por una organización pastoral que se llama la pastoral de conjunto. Que ninguna comunidad se sienta aislada o superior a otras, sino que todos sintamos que somos una sola obra de Dios en medio del pueblo.

Y, finalmente, tengo la satisfacción de ofrecerles la idea de crear en la arquidiócesis, de intensificar una pastoral de adaptación, principalmente en estas tres líneas:

Una pastoral masiva, como la que tenemos aquí enfrente ahora, una muchedumbre que no la podemos descuidar*. La hermosa *Bajada* del 5 de agosto, dirigida por una radio católica en línea pastoral: ayer hemos hecho una verdadera obra de pastoral masiva. Masiva en el sentido urbano, donde hay problemas muy distintos de las zonas rurales.

EN 58

Segundo, las comunidades eclesiales de base. Los pequeños grupos, donde —el Papa dice— el Evangelio se hace más amistad, más amigo, más sencillo, más íntimo.

⁸ Cfr. Homilía de Juan Pablo II en la catedral metropolitana de la ciudad de México (26 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

Y, finalmente, tercero, una pastoral de acompañamiento. Ya urge, porque son muchos los cristianos que dicen que tienen que optar por una situación política, por una organización, y muchas veces por eso pierden su fe. La Iglesia no puede abandonar al cristiano que, llevado de la sinceridad de su Evangelio, quiere ir a optar en un partido político, en una organización política; y tenemos que seguirlo, pero desde la línea de la Iglesia, con una pastoral de seguimiento, para que ese hombre cristiano se sienta que, donde quiera que va, lleva el germen del Verbo, la semilla de la salvación, la luz del Evangelio*.

Queridos hermanos, perdonen que senté cátedra en una situación tan incómoda como la que ustedes y mis queridos sacerdotes tienen —y yo también—: de pie, bajo el sol, pero que todo esto signifique algo. Significa dos cosas:

Que la fiesta del Divino Salvador del Mundo le da un sentido trascendente a todo este esfuerzo que de Puebla queremos trasladar a la arquidiócesis. Que Cristo nos dice desde su transfiguración: esta es la meta, hacer hombres nuevos, transfigurados, vestidos de Dios, de los que Dios pueda decir: “Mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias”. Aquel varón de la primera lectura, que Daniel miraba como figura de hombre entre la gloria de Dios, los intérpretes dicen que es Cristo glorificado, pero rodeado de todo el pueblo que se salva. Esta es la transfiguración que anhelamos: una Iglesia glorificada pero que, mientras peregrina, no pierde de vista la meta de sus altos destinos.

Y segunda cosa que queremos decir hoy es que este reto del Divino Salvador del Mundo a nuestro pueblo lo aceptemos cada uno según su propia vocación. Los que somos Iglesia, ustedes y nosotros, identificándonos más como Iglesia dentro del propio carisma, dentro de la propia congregación, dentro de la propia vocación de casados o solteros, ricos o pobres, profesionales o jornaleros, que encarnemos el reto que Cristo nos hace para que cada uno de nosotros colabore a la transfiguración de nuestra patria. Así sea*.

Mc 9, 7

Dn 7, 13